

BREVE RECORRIDO  
HISTÓRICO DE LA  
RELACIÓN ENTRE LA  
SANTA SEDE Y LA IGLESIA  
EN AMÉRICA LATINA:  
DE PÍO IX A FRANCISCO,  
EL PRIMER PONTÍFICE  
LATINOAMERICANO

*P. José Ignacio Tola Claux*

CUANDO EL PAPA BENEDICTO XVI, DURANTE EL VUELO DE IDA A BRASIL PARA INAUGURAR LA V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE FUE INTERROGADO SOBRE LA POSIBLE INFLUENCIA DE LA CULTURA LATINOAMERICANA EN SU PROPIA FORMACIÓN, EL SANTO PADRE, NO SOLO AFIRMÓ como un aspecto importante de su formación personal el seguimiento del desarrollo de los pueblos católicos de América Latina, sino que además manifestó su con-

*El padre José Ignacio Tola Claux es miembro del Sodalicio de Vida Cristiana. Recibió el título de Licenciado en Teología por la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima y actualmente realiza un doctorado en Teología dogmática en la Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino (Angelicum). Desde el año 2004 vive en Roma y se desempeña como oficial de la Santa Sede en la Pontificia Comisión para América Latina, organismo de la Curia Romana.*

vencimiento de que, al menos en parte, «en una parte fundamental» –dijo– allí se decidiría el «futuro de la Iglesia católica»<sup>1</sup>.

Esta frase sorprendente, de tono profético, no es tan fácil de descifrar en su contenido y en sus motivaciones, pero no cabe duda de que cobra una singular actualidad con la elección a la Sede de Pedro de un Pontífice latinoamericano, Francisco. Y casi se impone la necesidad de repasar con renovados ojos la historia reciente de la relación entre la Santa Sede y la Iglesia latinoamericana. Tal vez en ello podamos encontrar nuevas claves de lectura y de discernimiento del actual panorama eclesial y de sus rumbos.

#### LA SOLICITUD APOSTÓLICA DE PÍO IX POR LAS IGLESIAS DE AMÉRICA LATINA

Sin pretender aquí realizar un análisis histórico profundo de la relación entre la Iglesia romana y Latinoamérica en los últimos siglos, es pertinente hacer un breve recorrido de algunos momentos importantes. En primer lugar hay que decir que esa historia de la relación estrecha entre los pueblos de América Latina y el Papado, que suele identificarse con el Pontificado reciente, especialmente a partir de Juan Pablo II, en realidad tiene un largo recorrido. Empieza a gestarse con Pío IX, al establecerse una relación más directa entre el Papado y las Iglesias locales. Las provisiones de este Papa en relación con las Iglesias del nuevo continente constituyen un fuerte cambio de dirección en las formas y marcan decisivamente para las décadas venideras las relaciones entre la Santa Sede y las poblaciones católicas de dichos territorios.

Se trata de un periodo complejo y sumamente estudiado, con una bibliografía abundante. La situación de la Iglesia en esas latitudes, especialmente en Sudamérica, había llegado a un punto de quiebre; crisis del clero y de las órdenes religiosas, así como poderes políticos empeñados en mantener el control sobre la Iglesia en virtud del derecho de patronato. La actitud decidida de Pío IX de tener una

1. Viaje Apostólico de Su Santidad Benedicto XVI a Brasil con ocasión de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Entrevista concedida por el Santo Padre a los periodistas durante el vuelo hacia Brasil, miércoles 9 de mayo de 2007.

mayor influencia sobre los territorios eclesiásticos del continente la resume muy bien Giacomo Martina:

«El programa de Pío IX relativo a América Latina se puede deducir con suficiente claridad de las instrucciones a los diversos delegados pontificios que se sucedieron en esos países, donde no existían siempre los nuncios apostólicos, al puesto de los cuales en muchos casos el delegado desempeñaba de facto funciones análogas, con una competencia extendida frecuentemente a varios estados. [...] El delegado debía estudiar de cerca las necesidades espirituales de las repúblicas americanas e informar a la Santa Sede, indicando también los modos para satisfacerlas»<sup>2</sup>.

Una parte decisiva de esta política fue la opción firme de la Santa Sede de elegir directamente a los obispos e instruirlos con indicaciones precisas sobre los acentos de su labor episcopal.

«En algunos estados había sido reconocido ya a la autoridad suprema el derecho de presentar a los candidatos, en otros (Venezuela, Perú, Nueva Granada) la Santa Sede toleraba estas indicaciones o recomendaba también, en ausencia de concordatos. En todo caso, el delegado debía vigilar e informar tempestivamente al Vaticano. Se recomendaba además a los obispos realizar las visitas pastorales, convocar regularmente los sínodos provinciales (una iniciativa especialmente querida por Pío IX), preparándolos cuidadosamente por medio de reuniones episcopales previas, erigir capítulos y seminarios, y atender el desarrollo de las misiones»<sup>3</sup>.

En el programa de Pío IX merece una gran relevancia la institución del Pontificio Colegio Pío Latinoamericano, cuya finalidad era establecer

2. Giacomo Martina, *Pío IX: 1851-1866*, Pontificia Università Gregoriana, Roma 1986, pp. 426-427. Traducción de la lengua italiana a cargo del autor del artículo.

3. Allí mismo, p. 427.

en Roma un seminario internacional que, bajo la solicitud del Santo Padre, formara sacerdotes dotados de ciencia, virtud cristiana y celo apostólico para el anuncio del Evangelio y la defensa de la fe en América Latina. De entre sus alumnos surgieron numerosos y ejemplares pastores destinados a diversas partes del continente. Dicho Colegio Pontificio, encomendado a la dirección de la Compañía de Jesús, hasta el día de hoy constituye un valioso aporte para la preparación intelectual y ministerial de numerosas vocaciones, al que se han sumado en tiempos más recientes diversos colegios nacionales que realizan su labor con el apoyo de la Santa Sede y bajo la mirada paternal de Pedro; entre ellos merece una mención especial el Pontificio Colegio Pío Brasileño, fundado 66 años después y que recibe el nombre de Pío XI, quien quiso dedicarlo especialmente a los seminaristas llegados de Brasil, debido en parte a la lengua, pero en parte también por la cantidad enorme de sacerdotes brasileños que expresaban su deseo de realizar estudios en Roma.

*Esa historia de la relación estrecha entre los pueblos de América Latina y el Papado, que suele identificarse con el pontificado reciente, especialmente a partir de Juan Pablo II, en realidad tiene un largo recorrido. Empieza a gestarse con Pío IX, al establecerse una relación más directa entre el Papado y las Iglesias locales.*

Otro tema muy relevante correspondiente principalmente al Pontificado de Pío IX, pero que se extendió hasta León XIII, fue la celebración progresiva de los diversos concordatos entre la Santa Sede y los países latinoamericanos, al haberse sucedido en los años correspondientes a la primera mitad del siglo XIX las proclamaciones de independencia de dichos países.

La firma exitosa de estos concordatos, que hasta el día de hoy constituyen en su mayoría un excelente marco jurídico que permite a la Iglesia llevar a cabo su obra evangelizadora en relación pacífica con los gobiernos, siguió en muchos casos caminos tortuosos y complejos. Entre otras cosas, hay que recordar que varios de estos países luego de su independencia habían seguido pretendiendo el derecho de

patronato, lo que sería motivo de fricciones entre la Santa Sede y las nuevas repúblicas. Además, la vida de las nuevas naciones durante el siglo en muchos casos estuvo marcada por guerras internas y la sucesión de gobiernos conservadores y liberales hostiles a la Iglesia, lo que dificultó en algunos casos, al menos en los primeros años, su vigencia y en algún caso su ratificación<sup>4</sup>.

La gran mayoría de concordatos se firmaron durante los primeros diez años del Pontificado de Pío IX; de los quince, nueve fueron con países de América Latina; su sucesor, León XIII, firmó otros tres concordatos con países latinoamericanos<sup>5</sup>.

Los términos de los concordatos entre la Santa Sede y las nuevas repúblicas americanas, en materia jurídica o fiscal, son variables, así como la evolución que siguió el paso del patronato regio a la total independencia de la Iglesia en la elección de obispos. Lo que es fácilmente constatable es el interés primordial de la Santa Sede en favor de los fieles católicos, al buscar establecer rápidamente con los noveles estados relaciones pacíficas y cordiales que permitan la actuación pastoral de la Iglesia y la libre transmisión de la fe católica.

### EL CONCILIO PLENARIO LATINOAMERICANO Y LAS DÉCADAS POSTERIORES

El afectuoso interés de los papas por América Latina también se hizo patente con León XIII, cuando se convocó a los obispos a la realización en Roma del Concilio Plenario Latinoamericano, primero en su género en la historia moderna. El concilio se realizó del 28 de mayo al 9 de julio de 1899 y constituyó un evento de gran dimensión eclesial que impulsó los procesos de integración y renovación para los siguientes cien años. Sus orientaciones y normas fueron luces concretas que la Santa Sede y el Episcopado de América Latina trazaron para iluminar la trayectoria de la Iglesia a lo largo del siglo XX, rumbo al tercer milenio.

---

4. Fue el caso de Bolivia, cuyo concordato de 1851 con la Iglesia no llegó a ser ratificado por el gobierno.

5. El primero de ellos fue el celebrado con Bolivia en 1851. Le siguieron Guatemala I (1851), Costa Rica (1852), Haití (1860), Ecuador I (1861), Honduras (1861), Nicaragua (1861), Salvador (1862) y Venezuela (1862), y por León XIII Ecuador II (1881), Guatemala II (1884) y Colombia (1887 y 1891).

Habría que ubicar a este concilio en la visión reformadora e integradora de León XIII, que no fue exclusiva para América Latina, pero que se aplicó a ella con conocimiento de las realidades y peculiaridades del continente. Antón M. Pazos resume los fundamentos de la actuación de las congregaciones romanas y del Papa mismo en Latinoamérica, tal como aparece en la documentación vaticana de los años '80 y '90:

«Si hubiera que sintetizar esas ideas romanas sobre América Latina, creo que bastaría con tres puntos: 1) toda la América Latina forma una unidad católica: no se acepta la distinción geográfica, que permitiría el aislacionismo de México y de otras zonas; 2) el problema fundamental —casi exclusivo— es el clero, escaso y mal preparado; 3) los esfuerzos han de centrarse en inculcar en la jerarquía la reforma del clero, condición *sine qua non* para poder afrontar la organización de los laicos y para que influyan intelectual y políticamente en la sociedad»<sup>6</sup>.

Al parecer, en estos tres temas fundamentales se concentraron en buena medida las orientaciones del Pontificado, con un acento muy fuerte en la unidad del continente, que era visto como una «gran familia católica», tal como figura en las actas mismas del concilio<sup>7</sup>. Al parecer se trataba de una idea generalizada y que sería tomada en consideración como aspecto fundamental de la implementación de la serie de reformas promovidas por el concilio, y que era compartida especialmente por León XIII, como se observa en su carta dirigida al cardenal Rampolla, entonces secretario de Estado:

«Las claras semejanzas de origen, idioma y religión, como también la firmeza misma de la fe arraigada, que unen España a los pueblos de la América meridional,

---

6. Antón M. Pazos, *Anuario de historia de la Iglesia*, n. 7, 1998, p. 189.

7. «Españados en un continente vastísimo [...] parecen formar una sola familia por comunión de origen, lenguaje, fe, tradiciones y sistemas de gobierno. Probados por los mismos males y las mismas desventuras, hoy todos, luego de largas guerras fratricidas y revoluciones internas, se han sustraído a toda influencia de gobiernos extranjeros y se han hecho autónomos, y son dirigidos por gobiernos populares» (*Sulle condizioni politico-religiose delle Repubbliche Americane del Centro e del Sud. Relazioni Generali*, AES, America, 1894, pos. 61, fas. 6, p. 221. Traducción del italiano a cargo del autor del artículo).

nos invitan a no separarlas en el especial cuidado que deberemos dar a todas por igual, y para su particular beneficio»<sup>8</sup>.

La mayoría de temas tratados por el Concilio Plenario y el conjunto de directivas contenidas en sus actas se referían a cuestiones disciplinares que se podrían dividir en dos grandes grupos; el primero dirigido a «fomentar en nuestras regiones, la disciplina, la santidad, la doctrina y el celo del clero», que sin lugar a dudas la Santa Sede y los mismos pastores latinoamericanos veían como una de las necesidades más urgentes; el segundo, más referido a los laicos o a la población católica en general, pretendía renovar «la moralidad, la piedad, el conocimiento más sólido de nuestra santa religión y la represión de perversas doctrinas en los pueblos a nuestro cuidado cometidos»<sup>9</sup>.

No se puede minusvalorar la influencia de sus directivas, que resultó trascendental para lo que vivió la Iglesia en las décadas siguientes<sup>10</sup>. Como señalamos antes, ello se debió en buena cuenta a esa visión «de conjunto». Por un lado el concilio unificó la acción pastoral y ofreció un cuerpo doctrinal que ordenaba y simplificaba las normas dispersas en el derecho<sup>11</sup>; se mandó que cada sacerdote cuente con un ejemplar de las actas a su alcance, siendo este una guía concreta de lo que debía acentuar en su ministerio<sup>12</sup>. Por otra parte ayudó mucho a fortalecer entre los obispos una comunión más estrecha de cara a la misión de la Iglesia, así como una conciencia más fuerte de que la realidad eclesial de América Latina, al haberse forjado en la obra evangelizadora precedente, común a todos, ahora blanco de la hostilidad liberal y masónica que el concilio había afrontado, debía responder a los nuevos desafíos con temperamento y espíritu de cuerpo. De hecho, se

8. *Carta de Su Santidad el Papa León XIII al Cardenal Mariano Rampolla Secretario de Estado*, en «Acta Sanctae Sedis» XX [1887] 8. Traducción del italiano a cargo del autor del artículo.

9. *Actas y Decretos del Concilio Plenario de la América Latina celebrado en Roma el Año del Señor de MDCCCXCIX*. Traducción oficial (Roma 1906), p. LXVIII.

10. El mismo León XIII, al parecer, habría considerado este concilio «la página más gloriosa de su Pontificado». Es lo que afirmó el Papa en la Audiencia con los obispos luego de concluido el concilio, según refiere Mons. Petro Brioschi, Obispo de Cartagena. (Véase Eduardo Cárdenas, *La vida católica en América Latina. Visión panorámica de la realidad social*, en Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, X/1, p. 549).

11. Véase Cayetano Bruno, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, Buenos Aires 1981, t. 12 (1881-1900), p. 345.

12. *Actas y Decretos del Concilio Plenario de la América Latina celebrado en Roma el Año del Señor de MDCCCXCIX*. Traducción oficial (Roma 1906) p. 564.

puede trazar una clara línea de influencia desde su celebración hasta la primera reunión general del Episcopado en Río de Janeiro, y su efecto no se puede alienar de la génesis de las diversas Conferencias Episcopales y del mismo CELAM, que fue fruto específicamente de la Conferencia de 1955<sup>13</sup>.

Todos los papas en las décadas posteriores al Concilio Plenario impulsaron de diferentes maneras la labor misionera en el continente, que todavía presentaba áreas extensas sin evangelizar. Esta acción marcó significativamente el Pontificado de Pío X, bajo cuyo gobierno se cuenta «la creación de más de cincuenta nuevas circunscripciones eclesiásticas (30 prefecturas apostólicas, 18 vicariatos, 6 diócesis) y el ingreso en misión de numerosas nuevas congregaciones religiosas, masculinas y femeninas»<sup>14</sup>. Pero la creación de nuevos territorios eclesiásticos, y el envío de clero y órdenes religiosas continuará siendo apoyado y animado por la Santa Sede y los siguientes pontífices.

En relación con la acción misionera de la Iglesia, una particular preocupación, que motivó la promulgación de la encíclica *Lacrimabili statu indorum* dirigida al Episcopado latinoamericano, mereció la «condición deplorable» de muchos indígenas y afroamericanos

*Todos los papas en las décadas posteriores al Concilio Plenario impulsaron de diferentes maneras la labor misionera en el continente, que todavía presentaba áreas extensas sin evangelizar. Esta acción marcó significativamente el pontificado de Pío X.*

sometidos a distintos tipos de esclavitud y explotación en zonas de América con escasa presencia de las autoridades civiles, frente a lo cual la voz de la Iglesia se alza clara desde Roma y a través de sus representantes. La Santa Sede era informada, especialmente por medio de sus representantes pontificios en América Latina, de

todo lo que acontecía y merecía la especial atención del Pontífice. Dos casos concretos merecen especial mención. El primero es el de

13. Sobre esto, véase Pablo Correa León, *El Concilio Plenario Latinoamericano de 1899 y la Conferencia Episcopal Latinoamericana de 1955*, en *Cathedra*, Bogotá 11 (1957).

14. Giuseppe Butturini, "La Santa Sede e i popoli extraeuropei" en Gianpaolo Romanato (coord.), *Pio X. Un papa e il suo tempo*, Edizioni Paoline, Milano 1987, p. 256.

la explotación de los indios aguarunas en la Amazonía en la época de la extracción del caucho; precisamente esto y otras necesidades urgentes habían motivado pocos años antes la creación, por parte de *Propaganda Fide*, de la prefectura apostólica de Ucayali. El segundo es el caso de los araucanos del sur chileno, sometidos a terribles desventajas sociales y económicas, debidas principalmente a la toma y venta de tierras por parte del gobierno republicano, que resultaba en despojos y abusos de distinto tipo. La acción de la Iglesia comienza con la interpelación de los diferentes representantes pontificios en América Latina; en este contexto se enmarcan las misivas del entonces secretario de Estado, Merry del Val, a los nuncios e internuncios presentes en el continente latinoamericano:

«El objetivo que la Santa Sede persigue por medio de sus diplomáticos es considerada una acción apostólica y humanitaria específicamente dirigida hacia personas y pueblos no cristianos: recoger las informaciones inherentes a los pueblos indígenas del continente aún no evangelizados, para iniciar un estudio de la situación, del cual podrán surgir las directrices a las Iglesias locales y a los misioneros para su trabajo apostólico y para la defensa de los indígenas, esperando actuar en colaboración con el gobierno del país»<sup>15</sup>.

Entre otras obras misioneras importantes, «las grandes misiones argentinas entre las tribus de los patagones, promovidas por los salesianos, las misiones franciscanas en el Chaco, y las misiones capuchinas en el interior de Mato Grosso, iniciadas a partir de 1883, recibieron un notable impulso y se consolidaron»<sup>16</sup> con el accionar de Pío X.

Los Pontificados posteriores, de Benedicto XV y Pío XI, continuaron esta labor promotora de las misiones en América Latina. En 1919 la encíclica *Maximum Illud*, del primero, sentó las bases de la moderna

---

15. Mario L. Grignani, "En pro de la Religión y de la dignidad humana. Las fuentes chilenas de la encíclica *Lacrimabili statu Indorum* de Pío X y la solicitud pastoral de la Santa Sede", en *Teología y Vida*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile 2013, vol. LIV, n. 2, pp. 351-352.

16. José Ignacio Saranyana, *Teología en América Latina*, Iberoamericana Editorial, 2002, p. 63.

misionología. Con la *Rerum Ecclesiae*, promulgada en 1926 con el fin de instituir un museo misionero en el Palacio Lateranense, Pío XI continuaba animando a las diócesis europeas a una mayor «generosidad misionera». Ambas encíclicas hacían referencia a la necesidad de promover un clero autóctono y de dotarlo de una buena preparación según los niveles europeos. Para el final del Pontificado de

*La Santa Sede no solo no era ajena a estas realidades —a pesar de los complejos problemas que debía enfrentar en Europa— sino que tenía un conocimiento profundo de la situación de la Iglesia en América Latina, en sus ventajas y en sus deficiencias.*

Pío XI el clero, que a inicios de siglo contaba solo con algunos miles, llegaba a más de 18 mil sacerdotes. Durante la primera mitad del siglo XX, la Santa Sede continuó dirigiendo la consolidación de las Iglesias locales en Latinoamérica a través de la creación de territorios eclesiásticos y la provisión de sedes vacantes, la creación y consolidación de relaciones diplomáticas con las naciones, las obras de promoción humana y de caridad, supervisando la creación de escuelas y universidades de enseñanza católica y promoviendo, en general, la presencia de la Iglesia en los ámbitos sociales y políticos.

### RÍO DE JANEIRO, EL CELAM, LA PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA

Para mediados del siglo XX, en tiempos del Pontificado de Pío XII, América Latina ya presentaba las consecuencias de una evolución social y política con graves repercusiones en el campo religioso, y con características en muchos casos similares a las que vemos hoy. Un crecimiento demográfico concentrado en las grandes ciudades, con una presencia de clero cada vez más insuficiente —ya existían parroquias con diez mil, veinte mil y hasta treinta mil habitantes—; el proceso de secularización, en parte acelerado por la industrialización y los nuevos movimientos sociales y políticos; el estilo de vida urbano; la expansión de las sectas; la penetración del comunismo; etc. Al interior de la Iglesia preocupaba a los obispos la escasez de clero y la falta de vocaciones, la falta de un laicado católico formado y una inadecuada o insuficiente coordinación y organización pastoral. A todo esto habría que sumar la escasez de recursos materiales, que

motivó en los años posteriores, especialmente a partir del año '60, el apoyo de *Propaganda Fide* y la creación de organismos pontificios en Europa para promover la generosidad de esos católicos con las Iglesias más pobres de Latinoamérica.

La Santa Sede no solo no era ajena a estas realidades —a pesar de los complejos problemas que debía enfrentar en Europa— sino que tenía un conocimiento profundo de la situación de la Iglesia en América Latina, en sus ventajas y en sus deficiencias. Se reconocía el vivo sentimiento católico de los pueblos, su piedad y devoción popular marcadamente mariana, su amor por el Papa, el respeto profundo por la institución de la Iglesia, y junto con ello el esfuerzo de sus pastores por mantener alimentada la llama de la fe cristiana. Pero tampoco eran desconocidas la falta de formación católica generalizada, la profunda incoherencia entre fe y vida, y el poco influjo de la Iglesia en los sectores político, social y cultural. Estas impresiones están reflejadas en la documentación que consta en archivos vaticanos y en las numerosas comunicaciones entre la Santa Sede y sus representaciones en América Latina, o con los mismos Episcopados, así como en los intercambios de información al interior de la Curia Romana; así consta, por ejemplo, en dos cartas que Mons. Domenico Tardini, prosecretario de Estado para los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, envió al cardenal secretario de la Congregación Consistorial —hoy Sagrada Congregación para los Obispos— con vistas a la preparación de la futura reunión episcopal en Río de Janeiro.

Existía, por lo tanto, una conciencia fuerte por parte de la Santa Sede de la necesidad de ayudar a preservar el patrimonio vivo de la Iglesia latinoamericana y de corregir sus deficiencias a través de una mayor unión y coordinación entre los Episcopados y ellos, así como de una acción pastoral conjunta, que viera una misión evangelizadora de amplios horizontes<sup>17</sup>. Al mismo tiempo, por parte del Episcopado latinoamericano continuaba presente el deseo de una

---

17. Se podría decir que la idea de una «misión continental» en América Latina, tal como promovió tan convenientemente en tiempos más recientes la última Conferencia General de Aparecida, en cierto modo estuvo presente, al menos en espíritu, ya desde esa época, dado que existió siempre esa visión de “familia” del continente. Desde la Santa Sede se observó siempre la unión histórica y cultural, además de la fe, de los pueblos latinoamericanos como una enorme ventaja inexistente en otras regiones del mundo empezando por Europa.

mayor coordinación de la Iglesia con una visión continental, a lo que seguramente había contribuido la realización del Concilio Plenario cincuenta años atrás<sup>18</sup> y la influencia que había venido teniendo el Pontificio Colegio Pío Latinoamericano, entre otros.

Con esta sintonía entre los Episcopados locales y la Santa Sede fue acogida con entusiasmo por parte del Papa Pío XII la propuesta de

*La visita personal de los papas en tiempos recientes ha hecho brillar de manera especialmente intensa algunos de los rasgos de ese catolicismo "popular" de América Latina; un catolicismo en el que se mezclan en una amalgama peculiar lo místico y lo simbólico. Se suele hablar del amor de nuestros pueblos por las «tres blancuras»: la Eucaristía, la Virgen y el Papa.*

celebrar la primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, a la que seguirían otras cuatro en las décadas sucesivas. La declaración conclusiva de los obispos señala como problema fundamental a remediar el de la escasez del clero, pero señala con singular realismo las demás deficiencias o dificultades peculiares del continente, sin dejar de considerar todo lo que hay de «laudable y consolador en esta situación» y que hace de América Latina «un inmenso continente que

se enorgullece de su fe católica, y una magnífica esperanza para toda la Iglesia de Cristo»<sup>19</sup>. Por parte del Episcopado latinoamericano, uno de los frutos más concretos de la asamblea episcopal fue la creación del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), y por parte de la Santa Sede, como prueba palpable de la paterna solicitud pastoral de Pío XII, la institución de la Pontificia Comisión para América Latina (PCAL) en 1958.

Dicha comisión, única en su género<sup>20</sup>, fue instituida con la función

---

18. Véase la *Declaración de los Cardenales, Obispos y demás preladados representantes de la jerarquía de América Latina reunidos en la Conferencia Episcopal de Río de Janeiro*, que toma lo dispuesto por el Concilio Plenario de 1899 como «base primordial del desarrollo de la vida eclesial y espiritual en el continente».

19. Allí mismo.

20. No existe, por ejemplo, una comisión pontificia para Europa, o para Asia o África. Es un hecho que no pocas veces se ha discutido en ambientes ligados a la Curia Romana, aunque se podría decir que hay un consenso bastante extendido acerca de la necesidad peculiar de su existencia, explicada por la vigencia de las motivaciones originales de su creación y porque en la actualidad Latinoamérica contiene a casi la

primordial de «aconsejar y ayudar a las Iglesias particulares en América Latina», y «estudiar las cuestiones que se refieren a la vida y progreso de dichas Iglesias, especialmente estando a disposición, tanto de los dicasterios de la Curia interesados por razón de su competencia, como de las mismas Iglesias para resolver dichas cuestiones». La estructura de este organismo y sus competencias fueron revisadas y ampliadas en tiempos del Papa Juan Pablo II quien, como se sabe, tuvo una gran solicitud por América Latina; actualmente también es parte de su tarea informar «regularmente al Sumo Pontífice sobre cada uno de los asuntos», y sugerir y promover «las iniciativas o medidas de gobierno que considere convenientes u oportunas», así como favorecer «las relaciones entre las instituciones eclesíásticas internacionales y nacionales, que trabajan en favor de las regiones de América Latina, y los dicasterios de la Curia Romana»<sup>21</sup>. La PCAL tiene como parte de su labor el apoyo al CELAM y la colaboración con los demás organismos episcopales nacionales y las instituciones de ayuda a América Latina, así como con las instituciones católicas internacionales y otras asociaciones y movimientos que operan en América Latina.

#### PABLO VI Y LA ERA DE LOS VIAJES PAPALES: UNA NUEVA PRESENCIA

La visita personal de los papas en tiempos recientes ha hecho brillar de manera especialmente intensa algunos de los rasgos de ese catolicismo “popular” de América Latina; un catolicismo en el que se mezclan en una amalgama peculiar lo místico y lo simbólico. Se suele hablar del amor de nuestros pueblos por las «tres blancuras»: la Eucaristía, la Virgen y el Papa. Es una mirada intuitiva que no se concentra tanto en aspectos jurídicos o visibles del Papado o de la Iglesia —de los que se tiene muy poco conocimiento— sino que va a la persona del Vicario de Cristo, en la que ve un signo viviente de la presencia de Dios en medio de su pueblo. No se hace poesía cuando

---

mitad de la población católica mundial, y presenta esa sorprendente unión cultural y social que hace que se la pueda considerar perfectamente como un todo, cosa que resulta muy difícil, por no decir imposible, con cualquier otra realidad continental.

21. Juan Pablo II, *Motu Proprio Decessores nostri*, 83-84.

se dice que la persona del Papa es portadora de esperanza para los pueblos de nuestro continente, ¡verdaderamente lo es a los ojos de los más sencillos! Se yerra, además, cuando se dice ingenuamente que la atracción multitudinaria de los fieles hacia la figura del Papa en el catolicismo latinoamericano se debió principalmente al carisma de San Juan Pablo II —por lo demás incuestionable—. En realidad es algo que se fue gestando desde el siglo XIX, como se ha visto, y solo manifestó la profundidad de su arraigo cuando se volvió presencia y cercanía física. De otro modo no se podría explicar el efecto que tuvo la primera visita del Papa Pablo VI a Colombia, que paralizó a la nación entera por cuatro días, o la primera visita del Papa Juan Pablo II a México, con un poder de convocatoria que no ha tenido ninguna institución o figura de ningún tipo en toda la historia de los pueblos del nuevo continente. O la recepción que continuó teniendo el Papa Benedicto XVI, aunque algunos dudaran de su “carisma” o de la “pegada” que pudiera tener un Papa alemán en nuestros pueblos latinos. Ningún politólogo o sociólogo ha podido explicar el fenómeno de ese “afecto popular” sin parangón de nuestros pueblos hacia la figura del Papa, lo que ella significa, lo que ella despierta.

Es así que un hito muy evocativo de esta historia de la relación entre la Iglesia de Roma y América Latina fue la presencia física, hasta el momento inédita, de un Pontífice en territorio latinoamericano. Fue Pablo VI quien, a su llegada al aeropuerto de Bogotá, tuvo aquel gesto formidable de inclinarse y besar el suelo, reeditando en cierto modo, luego de casi 500 años, el gesto de Colón al implantar por primera vez la Cruz en el Nuevo Mundo. Pero la novedad de su presencia, “más palpable” si se quiere, fue también un signo de los nuevos caminos del ministerio petrino para el orbe entero. Como él mismo había señalado en la memorable Audiencia General del 8 de mayo de 1968, en la que anunció su inminente viaje a Colombia:

«El Papa viaja. ¿Qué quiere decir? Quiere decir, ante todo, la posibilidad de una mayor libertad de movimiento, que puede ser inscrita como positiva característica de las presentes condiciones históricas y políticas; [...] quiere decir, y es lo más importante, que las vías del mundo se han abierto, también logísticamente, al ministerio

del Papa: esto es sumamente significativo e importante y tal vez, con el andar el tiempo, producirá notables cambios en el ejercicio práctico de su oficio apostólico: ya podemos advertir los síntomas en la multiplicación de invitaciones, que nos llegan de todas partes del mundo [...]. Pero desde ahora la simple hipótesis de una mayor facilidad de traslado de la persona y de la actividad del Papa deja ver una eventual más intensa circulación de caridad en la Iglesia, hecha posible por el fenómeno de la mayor evidencia de su unidad y de su catolicidad»<sup>22</sup>.

Estas palabras fueron confirmadas con creces durante los días del Beato Pablo VI en Colombia<sup>23</sup>. La mirada del Papa hacia América Latina, y con ella la solicitud de la Iglesia de Roma, se vería sensiblemente enriquecida a partir de su contacto personal con las realidades del continente. Varios de sus pronunciamientos, sobre todo los que se dieron en el encuentro con aquellas heridas sangrantes de nuestros pueblos, con las víctimas de la pobreza, la desigualdad y la violencia, reflejan esa experiencia “en primera persona” del Papa con el verdadero rostro del pueblo latinoamericano. Se puede decir que particularmente dos cosas llamaron la atención de Pablo VI y dejaron en él una huella profunda: el hambre de Dios y el hambre de pan. Pero ambas aparecían injertadas en un tejido complejo de situaciones y contextos políticos y sociales nada fáciles de interpretar. Se iniciaba una época de profundos cambios para nuestros países, con el impacto de la revolución cubana, la gestación en varias partes de la acción guerrillera y vientos de doctrinas que proclamaban una nueva “liberación” del hombre oprimido. Junto con ello empiezan a gestarse los primeros intentos de aplicación de la renovación conciliar, lo que significará un sinnúmero de desafíos para las iglesias locales, y uno muy grande para la Iglesia madre de Roma, que deberá proporcionar con

22. Pablo VI, *Audiencia general*, 8 de mayo de 1968.

23. Él mismo dirá durante su estadía en Colombia: «La primera visita personal del Papa a sus hermanos y a sus hijos en América Latina, no es en verdad un sencillo y singular hecho de crónica; es, a nuestro parecer, un hecho histórico, que se insiere en la larga, compleja y fatigosa acción evangelizadora de estos inmensos territorios y que con ello la reconoce, la ratifica, la celebra y al mismo tiempo la concluye en su primera época secular; y, por una convergencia de circunstancias proféticas, se inaugura hoy con esta visita un nuevo periodo de la vida eclesial» (Pablo VI, *Homilía en la Inauguración de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 24 de agosto de 1968).

mezcladeprudenciayaudacia evangélica, indicaciones y directivas necesarias para la implementación en las diócesis, con el apoyo de las Conferencias Episcopales, de la auténtica renovación conciliar. En este sentido, la experiencia directa de los papas a partir de entonces, y su diálogo más directo y frecuente con los pastores de América Latina, que ya venía incrementándose desde Juan XXIII, pero alcanzaría un ápice con Juan Pablo II, tendría una importancia decisiva para la configuración de la Iglesia en el futuro no tan lejano del continente.



Un momento fuerte en la relación entre Pablo VI y su relación con la Iglesia latinoamericana se dio durante este viaje: la inauguración de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se celebraría en la ciudad de Medellín. A diferencia del primero, que la Santa Sede directamente preparó y ejecutó, a partir de ahora las conferencias serían preparadas y organizadas en su dinámica y en sus partes por el CELAM, con la aprobación de la Santa Sede.

El programa para Medellín era la aplicación del Concilio Vaticano II a la realidad latinoamericana. Y a ello sirvió mucho la recientemente

*Los últimos papas, unánimemente, con intuición profética y con agudeza intelectual, han identificado con clarividencia el núcleo de la síntesis viviente y han sabido ver en ella la verdadera respuesta a todas las "hambres" del pueblo latinoamericano.*

promulgada *Populorum progressio* y su "visión integral" del ser humano, que fue uno de los acentos del documento final<sup>24</sup>. Pero la reflexión no estuvo exenta de las dificultades propias de una época de polarizaciones ideológicas. En la homilía durante la Misa Inaugural de la Conferencia de Medellín, el Santo Padre dio

---

24. La encíclica de Pablo VI fue citada más de treinta veces en el documento conclusivo.

directivas concretas para guiar los trabajos y las reflexiones, divididas en tres campos: espiritual, pastoral y social. Sus palabras demuestran un conocimiento lúcido y profundo de la situación de la Iglesia en plena ebullición post-conciliar, advirtiendo sobre dos problemas muy presentes en ese entonces en el panorama de la misión de la Iglesia, debido en parte a las nuevas corrientes de “liberación” de corte social y político que habían comenzado a echar raíz en la doctrina y en la acción pastoral de la Iglesia: «la dependencia de la caridad para con el prójimo de la caridad para con Dios», con cuya negación se produce una verdadera «secularización del cristianismo»;



la confrontación artificial entre la Iglesia institucional «con otra presunta Iglesia llamada carismática, como si la primera, comunitaria y jerárquica, visible y responsable, organizada y disciplinada, apostólica y sacramental, fuese una expresión del cristianismo ya superada, mientras la otra, espontánea y espiritual, sería capaz de interpretar el cristianismo para el hombre adulto de la civilización contemporánea y de responder a los problemas urgentes y reales de nuestro tiempo»<sup>25</sup>.

La experiencia de Pablo VI en Colombia, sin embargo, no deja de centrarse en lo más esencial, aquello que está en el corazón de la Iglesia y que es al mismo tiempo la materia prima del alma latinoamericana: su profundo amor a Cristo Eucaristía, su piedad popular y su devoción mariana, y un catolicismo que hunde sus raíces en el origen mismo de su cultura y le da color a su rostro mestizo. A un periodista que lo interrogó en su penúltimo día en Bogotá, luego de la Celebración Eucarística de Primera Comunión celebrada en la Parroquia de Santa Cecilia, en el barrio periférico de Venecia, respondió que el momento más bello de su paso por Colombia había sido el primer encuentro de los niños con Jesús Eucaristía. Muchas cosas expresaba el rostro devoto

25. Pablo VI, *Homilía en la Inauguración de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Bogotá, 24 de agosto de 1968.

de aquellos niños en aquel contexto. A ellos había dicho durante la homilía: «Os diré que mi alegría ha de ser la vuestra, porque estáis los más cercanos a Cristo, precisamente por las condiciones de vuestra vida, y sois los que mejor podéis entender que Cristo es nuestro gozo, nuestra verdadera y suprema felicidad»<sup>26</sup>.

Los últimos papas, unánimemente, con intuición profética y con agudeza intelectual, han identificado con clarividencia el núcleo de la síntesis viviente y han sabido ver en ella la verdadera respuesta a todas las “hambres” del pueblo latinoamericano. Varias décadas después de la primera aventura de Pablo VI en nuestro continente, Benedicto XVI, en el vuelo que lo llevaba a inaugurar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida (Brasil), lo confirmaría: «me alegra que haya llegado para mí el momento de ir a América Latina, de confirmar el compromiso asumido por Pablo VI y Juan Pablo II, y de seguir en la misma línea»<sup>27</sup>. Y, en efecto, unos días después, en su discurso de apertura de los trabajos de la Conferencia, expresó con lucidez extraordinaria lo que constituye la esencia de la identidad católica de nuestros pueblos, tal como la vieron sus antecesores. Haciendo referencia a ciertas corrientes pseudo-humanistas, muy en boga hasta nuestros días en algunos ambientes culturales, el Papa señalaba:

«La utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería un progreso, sino un retroceso. En realidad sería una involución hacia un momento histórico anclado en el pasado. La sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos: El amor a Cristo sufriente, el Dios de la compasión, del perdón y de la reconciliación; el Dios que nos ha amado hasta

---

26. Pablo VI, *Homilía en la Parroquia de Santa Cecilia*, Bogotá, 24 de agosto de 1968.

27. Benedicto XVI, *Entrevista concedida a los periodistas durante el vuelo hacia Brasil*, 9 de mayo de 2007.

entregarse por nosotros; el amor al Señor presente en la Eucaristía, el Dios encarnado, muerto y resucitado para ser Pan de vida; el Dios cercano a los pobres y a los que sufren; la profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, de Aparecida o de las diversas advocaciones nacionales y locales. [...] Esta religiosidad se expresa también en la devoción a los santos con sus fiestas patronales, en el amor al Papa y a los demás pastores, en el amor a la Iglesia universal como gran familia de Dios que nunca puede ni debe dejar solos o en la miseria a sus propios hijos. Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar»<sup>28</sup>.

Sin duda se puede trazar una línea de continuidad en el Magisterio papal hacia América Latina en lo que va de la etapa post-conciliar. Y la parte mayor de ese recorrido se la llevó el ministerio de Juan Pablo II, con quien América Latina estableció una relación muy estrecha.

### LA IGLESIA DE AMÉRICA LATINA Y JUAN PABLO II

Imposible resumir en un artículo la era de San Juan Pablo II y el ministerio petrino para América Latina. Solo la síntesis de sus múltiples viajes papales sería suficiente para varios volúmenes. Nos ocuparemos de resaltar algunos rasgos esenciales de su Pontificado en relación con la Iglesia latinoamericana, tratándolos de manera muy sintética por la limitación del espacio.

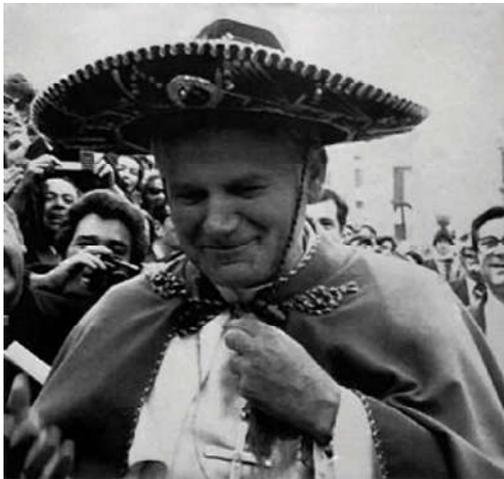
América Latina estuvo muy presente en los 27 años de Pontificado del Papa Wojtyła, de lo que son un testimonio fehaciente sus viajes. De los 104 que realizó fuera de Italia, 18 fueron a América Latina, llegando a visitar 26 países, a la mayoría en más de una ocasión y

---

28. Benedicto XVI, *Discurso en la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, 13 de mayo de 2007.

en algunos casos 3, 4 y hasta 5 veces, como por ejemplo México. Su primer viaje fuera de Italia fue a la tierra que visitó Nuestra Señora de Guadalupe en 1531, corazón la catolicidad latinoamericana. Lo llevó principalmente la ocasión de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla de los Ángeles, pero toda la visita se convirtió en una experiencia paradigmática que marcaría profundamente no solo la relación del Papa con América Latina, sino su Pontificado mismo, al decidir volcar ingentes cantidades de tiempo y energía en sus viajes apostólicos.

Se recuerda con particular vivacidad su llegada a Ciudad de México y la sorprendente recepción que algunos medios de prensa calificaron de “anómala” por sus dimensiones sin precedentes en toda la historia del continente. En cierto modo no se comprendía que la población



de un país que ni siquiera tenía relaciones diplomáticas con el Vaticano reaccionara con ese afecto hacia la persona de un religioso “extranjero”. No se comprendía la profundidad del arraigo de la fe católica del que formaba parte esencial la adhesión a Pedro, de lo que la Santa Sede, en cambio, era muy consciente. El mismo fenómeno se produjo en la recordada visita de Juan Pablo II a Puebla, para la inauguración de la Conferencia

General, en la que una valla humana sin grietas lo acompañó por varios kilómetros desde el aeropuerto hasta la ciudad.

Este cuadro se repitió constantemente en los viajes apostólicos por América Latina, y ayudó al Papa a comprender el vigor del sustrato católico de nuestros pueblos, y el valor de su fe popular centrada en la devoción eucarística y mariana. No cabe duda de que la sensibilidad religiosa que Juan Pablo II encontró en los países latinoamericanos calzó muy bien con su propia sensibilidad polaca, acentuadamente

mariana, lo que le hizo sentir desde el principio un gran aprecio por las poblaciones católicas del continente.

Su presencia para la inauguración de la Conferencia de Puebla fue por varios motivos decisiva para dar una determinada dirección a las reflexiones de los obispos<sup>29</sup>. El gran horizonte, como en Medellín, siguió siendo la renovación conciliar, pero en Puebla la Iglesia vive una etapa



de mayor madurez. El discurso de Juan Pablo II al inaugurar los trabajos fue de importancia capital para las discusiones y la estructura del documento final. El mensaje del Papa, con fuertes resonancias de la *Evangelii nuntiandi*, se basó en una visión triple sobre Jesucristo, la Iglesia y el hombre<sup>30</sup>, y afrontó de manera abierta las cuestiones controvertidas, proponiendo con claridad los contenidos esenciales de la evangelización y pidiendo a los obispos una seria vigilancia para evitar infiltraciones ideológicas o políticas. La respuesta de los obispos produjo un excelente documento que ha marcado acentos esenciales del accionar de la Iglesia en las últimas décadas. Unas palabras del grupo que presidió los trabajos, encabezado por el cardenal Sebastiano Baggio, en ese entonces prefecto de la Congregación para los Obispos y presidente de la Pontificia Comisión para América latina, reflejan el verdadero significado de este acontecimiento:

«El contenido de los Núcleos y los temas no pretende ser un tratado sistemático de teología dogmática o

29. Se podría decir que los grandes ejes del documento de Puebla son la *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI, el discurso inaugural de Juan Pablo II y el Concilio Vaticano II, especialmente las constituciones *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, con su mirada antropológica y su aproximación a la cultura como lugar el hombre.

30. «Este trípode fue conscientemente asumido por la Conferencia y explicitado, en relación con el esquema preparatorio y la distribución de las comisiones de trabajo. No hay parte o sección del documento que no tenga su mejor cimentación en esta triple e inseparable verdad» (Alfonso López Trujillo, *Perfiles de Puebla*, en su obra *De Medellín a Puebla*, BAC, Madrid 1980, p. 299).

pastoral. Esto ha sido expresamente descartado. Se ha buscado considerar aspectos de mayor incidencia en la Evangelización, ubicándonos en una debida perspectiva de pastores. Aunque la Conferencia de Puebla con su caudal de contribuciones y la intensidad de su trabajo, desemboca en este documento, es, ante todo, un espíritu: el de una Iglesia que se proyecta con renovado vigor e ímpetu evangelizador al servicio de nuestros pueblos, cuya realización ha de seguir la llamada viva y transformadora de quien puso su tabernáculo [véase *Jn 1, 14*] en el corazón de nuestra propia historia, con plena fidelidad al Señor, a la Iglesia y al hombre»<sup>31</sup>.

A la luz de lo vivido en las últimas décadas hasta el Pontificado de Francisco, se podría hablar mucho sobre la resonancia que tuvieron en ese momento y para el futuro los viajes de Juan Pablo II a América Latina, tanto para las Iglesias del «continente de la esperanza»<sup>32</sup> como también para su lugar en el panorama eclesial universal. Ya en tiempos de Pablo VI se hablaba de la desproporción que existe entre los números y la realidad, es decir un continente con más del 40% de la población católica mundial, pero insuficientemente representado en las estructuras del gobierno de la Iglesia universal. Esta conciencia, así como la percepción de la necesidad de una mayor madurez por parte de la

*La importancia del Pontificado de Juan Pablo II para América Latina estriba también en que hizo significativamente presente a la Iglesia en lo político, sin ser nunca “sujeto político”, y advirtiendo constantemente sobre el peligro que entraña esa desviación. Con él la Iglesia tuvo un rol preponderante en las diversas transiciones de los gobiernos hacia la democracia.*

31. *Documento de Puebla*, Presentación.

32. Fue Juan Pablo II quien popularizó ese título, fruto tal vez de sus impresiones e intuiciones en relación con el futuro de la Iglesia a raíz de sus viajes por Latinoamérica. Además es una expresión que plantea nuevas inquietudes a la luz de lo dicho por Benedicto XVI en el vuelo de ida a Brasil, tal como aparece citado al inicio de este artículo, así como por la elección inédita de un Papa latinoamericano, de enorme importancia histórica.

Iglesia latinoamericana se acentuó durante ese tiempo y, aunque sigue presente, el avance se ha hecho evidente por varios signos, entre los cuales habría que destacar los dos más importantes: el creciente envío misionero desde América Latina, incluidos los países de vieja tradición católica ahora golpeados fuertemente por los procesos de secularización y, en segundo lugar, el mayor fruto hasta ahora producido por la Iglesia del “Nuevo Mundo”, la elección por primera vez a la sede de Pedro de un Papa venido desde ese “extremo” del planeta.

Pero no se puede dejar de mencionar el otro viaje de análoga importancia de Juan Pablo II a América Latina, que se produjo en el marco de la inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo, de especial relevancia también por el contexto: la celebración de los 500 años de la llegada de la fe al continente. Unas palabras del Papa en su discurso a la Pontificia Comisión para América Latina pocos meses antes del evento, reflejan el valor que realmente tuvo:

«La figura y misión del Salvador será ciertamente el centro de la Conferencia de Santo Domingo. Los obispos latinoamericanos se reunirán allí para celebrar a Jesucristo: la fe y el mensaje del Señor difundido por todo el continente. La cristología será, pues, el telón de fondo de la asamblea de tal manera que, como primer fruto de la misma, el nombre de Jesucristo, Salvador y Redentor, quede en los labios y en el corazón de todos los latinoamericanos; pues, como leemos en la Exhortación Apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi*, “no hay Evangelización verdadera mientras no se anuncia el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios”».

En cierto modo, la Conferencia buscó responder a las preguntas que el Papa dirigió a los obispos en su discurso inaugural: «¿Cómo hacer accesible, penetrante, válida y profunda la respuesta al hombre de hoy, sin alterar o modificar en nada el contenido del mensaje evangélico? ¿Cómo llegar al corazón de la cultura que queremos evangelizar?»

¿Cómo hablar de Dios en un mundo en el que está presente un proceso creciente de secularización?»<sup>33</sup>. La respuesta por parte de los

*Por una parte, en relación con el poco número de referencias a Latinoamérica en el Magisterio del Papa Ratzinger habría que preguntarse si su Magisterio, más bien, no tenía un carácter particularmente universal.*

pastores, en plena continuidad con las anteriores conferencias e inspirada en las orientaciones del Concilio Vaticano II, dio una especial relevancia al tema de la promoción humana desde una antropología cristocéntrica, y al de la nueva evangelización<sup>34</sup> frente a la realidad del continente

convulsionado por los acelerados procesos de secularización.

La importancia del Pontificado de Juan Pablo II para América Latina estriba también en que hizo significativamente presente a la Iglesia en lo político, sin ser nunca “sujeto político”, y advirtiendo constantemente sobre el peligro que entraña esa desviación. Con él la Iglesia tuvo un rol preponderante en las diversas transiciones de los gobiernos hacia la democracia. La voz del Magisterio y su presencia fuerte e histórica en el campo social, resonaron con particular evidencia en esos años gracias a su ministerio unido a la acción de los Episcopados en los diversos países, y no se puede negar que aceleró considerablemente dichos procesos, como fue el caso de Chile, Argentina y Haití, hasta la caída de los regímenes dictatoriales. De no menor importancia fueron sus condenas públicas a esos y otros regímenes totalitarios, que en no pocos casos motivó reacciones análogas por parte de los obispos, mientras la Iglesia pagaba su tributo con sangre. No menos importantes fueron las múltiples indicaciones sobre el peligro de las ideologías de corte marxista o comunista, entonces muy arraigadas en múltiples ámbitos de la vida cultural, social y política. Dichas ideologías habían penetrado a la Iglesia en diferentes grados,

33. Juan Pablo II, *Discurso inaugural en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Santo Domingo 12 de octubre de 1992, 10.

34. Esta expresión “nueva evangelización”, de Juan Pablo II, se popularizó a partir de su discurso a la Asamblea del CELAM en 1983, durante su viaje a Haití y se tomó como punto de referencia frecuente sobre aquello en lo que consiste la real novedad de una evangelización actual: «La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión» (Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea del CELAM*, Haití, 9 de marzo de 1983).

generando amplia confusión entre el clero, las órdenes religiosas y los fieles en general. Ello motivó por parte del Papa y del Episcopado un discernimiento continuo y un estudio profundo de dichas corrientes, que dio como resultado el juicio orgánico de la Santa Sede, desde la Congregación para la Doctrina de la Fe, con las instrucciones *Libertatis nuntius* de 1984 y *Libertatis conscientia* de 1986, que rescatan los valores y desarrollos positivos de las nuevas teologías, como la opción preferencial por los pobres, la lucha contra las estructuras de pecado y la liberación entendida como salvación, señalando al mismo tiempo las desviaciones de las que debían purificarse.

Finalmente, otro gran hito en esa mirada de la Iglesia latinoamericana desde la Santa Sede en tiempos de Juan Pablo II la constituyó la celebración del Sínodo de América, que recogió los elementos de continuidad del Magisterio universal y local, desde el Concilio Vaticano II pasando por las cuatro Conferencias Generales del Episcopado celebradas hasta ese momento, pero que constituyó al mismo tiempo una gran novedad: la visión del continente en conjunto, incluyendo ya no solo la realidad de América Latina, sino a todas las naciones de la geografía panamericana. Las deliberaciones y conclusiones de los padres sinodales en dicha ocasión, y especialmente la exhortación apostólica *Ecclesia in America*, más allá de las diferencias y singularidades de cada cultura, especialmente entre sur y norte, ayudaron a clarificar la problemática de América en conjunto, ampliando el panorama y abriendo caminos para una mayor solidaridad y colaboración entre las Iglesias, y afrontando con entusiasmo renovado los retos que involucran a la Iglesia toda, en relación con los cuales se requiere hasta ahora de un mayor espíritu de comunión entre los países del continente americano, en sintonía con los nuevos acentos de la eclesiología post-conciliar.

Cabe mencionar que en los años recientes la Santa Sede, a través de la Pontificia Comisión para América Latina, ha hecho un esfuerzo concreto por retomar las enseñanzas y conclusiones de dicho Sínodo, completamente vigentes, promoviendo su consideración y aplicación. Para ello ha impulsado diversas acciones entre las que destaca la realización de dos grandes congresos de convocatoria panamericana: el primero celebrado en la Ciudad del Vaticano en diciembre del año

2012, hacia el final del Pontificado de Benedicto XVI, y el segundo, simbólicamente, en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en noviembre de 2013, ambos bajo la protección de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya figura se considera pieza clave para la futura renovación eclesial de la Iglesia a favor de la nueva evangelización. En dichas ocasiones representantes de distintos estados de vida de la Iglesia: clero, religiosos y laicos, de numerosos países y de distintas lenguas y competencias, pero unidos por una fe católica convencida, se reunieron para intercambiar reflexiones y experiencias, y plantear líneas o acentos relativos a las necesidades comunes más urgentes del continente en múltiples ámbitos como familia, transmisión de la fe, educación, juventud, inmigración, pobreza y otros. Fue particularmente significativo el mensaje audio-visual que envió el Papa Francisco a los participantes del segundo Congreso en Ciudad de México, en el que alentó el esfuerzo realizado y sugirió diversos acentos relativos a la nueva evangelización que sirvieron de guía a los trabajos.

### EL PONTIFICADO DE BENEDICTO XVI, APARECIDA, EL ANIVERSARIO DE “LAS INDEPENDENCIAS”

En los primeros años del Pontificado de Benedicto XVI son pocas las referencias magisteriales hacia América Latina, lo que fue percibido por algunos como signo de un Pontificado “distante” de la realidad latinoamericana. A eso se sumó en los años siguientes una reducción progresiva del número de cardenales de América Latina en el Colegio Cardenalicio, y la impresión más o menos difundida de un cierto “descuido” por parte de la Santa Sede y de sus organismos — aunque se debería reconocer que esta venía ya de los últimos años del Pontificado anterior—, los cuales no parecían seguir con el mismo interés o con la misma pericia los procesos de transformación de América Latina y el caminar de sus Iglesias. No faltó quien acusó injustamente al Papa de “eurocentrista”. A todo ello tal vez contribuyó en algo una cierta sensación de “descompensación” producida por la reducción drástica de los viajes papales, a los que los católicos nos habíamos ya acostumbrado.

Por una parte, en relación con el poco número de referencias a Latinoamérica en el Magisterio del Papa Ratzinger habría que preguntarse si su Magisterio, más bien, no tenía un carácter particularmente universal. De hecho es evidente el número de referencias que ha habido, como claramente se puede constatar, por ejemplo en el Documento Conclusivo de Aparecida, al Magisterio de este Papa, cuya lucidez y comprensión de la realidad es admirada por todos y seguida como punto de referencia desde cualquier latitud de la Iglesia. Sería sumamente injusto no reconocer que las enseñanzas de este Pontífice han modelado en buena medida la aproximación de la función magisterial de la Iglesia en temas neurálgicos también en América Latina. No se debe, pues, poner en duda la influencia y el carácter difusivo de su ministerio<sup>35</sup>, a pesar de su poca capacidad de movilidad o su “carisma” menos expansivo. Por otra parte, es innegable y reconocida mundialmente, también en ambientes intelectuales fuera de la Iglesia, la capacidad analítica y la comprensión extraordinaria de Benedicto XVI acerca de la realidad mundial.

Al mismo tiempo, no se debe olvidar la participación directa de Joseph Ratzinger, durante su largo trabajo en la Congregación para la Doctrina de la Fe al lado de Juan Pablo II, en el seguimiento y discernimiento de la evolución política, social y religiosa de los países latinoamericanos, con un conocimiento profundo de los debates teológicos y culturales, por ejemplo en relación con la llamada teología de la liberación, y el papel primordial que tuvo en la elaboración de las instrucciones citadas anteriormente; como tampoco se debe olvidar la colaboración que recibió de numerosos miembros y consultores de América Latina en su dicasterio y su diálogo frecuente con obispos y teólogos de la Comisión Teológica Internacional.

*Sería sumamente injusto no reconocer que las enseñanzas de este Pontífice han modelado en buena medida la aproximación de la función magisterial de la Iglesia en temas neurálgicos también en América Latina.*

---

35. Como señaló en una ocasión Mons. Cipriano Calderón Polo, quien fue vice-presidente de la Pontificia Comisión para América Latina en tiempos de Juan Pablo II, «fue un Papa convencido de la fuerza transformadora de las ideas».

Por todo esto resulta casi impensable el supuesto “eurocentrismo” del Papa, quien fue crítico agudo de su crisis actual, tanto como una comprensión superficial o poco atenta del lugar de la Iglesia más allá de las fronteras europeas<sup>36</sup>.

Un momento importante del Pontificado de Benedicto XVI fue su presencia en Brasil para inaugurar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida. Unos meses antes de la Conferencia, el Papa adelantaba ya a los miembros de la Pontificia Comisión para América Latina reunidos en Asamblea Plenaria en Roma, los que a su parecer constituían los principales desafíos a afrontar con vistas a una renovada evangelización en el continente: «el cambio cultural generado por una comunicación social que marca los modos de pensar y las costumbres de millones de personas; los flujos migratorios, con tantas repercusiones en la vida familiar y en la práctica religiosa en los nuevos ambientes; la reaparición de interrogantes sobre cómo los pueblos han de asumir su memoria histórica y su futuro democrático; la globalización, el secularismo, la pobreza creciente y el deterioro ecológico, sobre todo en las grandes ciudades, así como la violencia y el narcotráfico»<sup>37</sup>.



Pero sobre todo fue su mensaje en el discurso inaugural en Brasil, según se recoge en el testimonio de numerosos participantes, lo que constituyó la “guía maestra” de las discusiones y el telón de fondo

36. A un periodista que le señaló durante su vuelo a Brasil con ocasión de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que en su Pontificado se «echaba de menos» un poco a América Latina, el Papa respondió: «No, yo amo mucho a América Latina; he hecho muchas visitas a América Latina y tengo muchos amigos; conozco cuán grandes son sus problemas y, por otra parte, cuán grande es la riqueza de este continente. En este período son “predominantes” los problemas de Oriente Medio, de Tierra Santa, de Irak, etc. Por decirlo así, existe una prioridad inmediata, que es preciso tener en cuenta. Como sabemos, también son enormes los sufrimientos de África. Pero no me preocupan menos los problemas de América Latina, porque no amo menos a América Latina, el gran —más aún, el mayor— continente católico, que por eso también constituye la mayor responsabilidad para un Papa. Así pues, me alegra que haya llegado para mí el momento de ir a América Latina, de confirmar el compromiso asumido por Pablo VI y Juan Pablo II, y de seguir en la misma línea» (Benedicto XVI, *Entrevista concedida por el Santo Padre a los Periodistas durante el vuelo hacia Brasil*, 09 de mayo de 2007).

37. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina*, 20 de enero de 2007.

fundamental del mensaje final de los obispos. A partir de Aparecida la Iglesia de América Latina ha reavivado su impulso misionero y es una prueba de ello la llamada a la «Misión Continental»<sup>38</sup> que ha venido tomando forma de distintas maneras en los diversos territorios del continente.

El 12 de diciembre de 2012, el Papa Benedicto XVI celebró en San Pedro una Santa Misa que la *Civiltà Cattolica* calificó de «insólita»<sup>39</sup>. Y es que se trató de un gesto inédito por parte de un Papa, con un acto litúrgico motivado por las celebraciones en curso del bicentenario de las independencias de los países de América Latina. Estas comenzaron en el año 1804 (Haití) y la última se realizó tardíamente en 1981 (Belice), aunque la gran mayoría de países habían declarado ya su independencia antes de 1840.

Pero ciertamente la intención del Papa no fue realizar un gesto de carácter político. Se trataba de manifestar su unión y cercanía, así como la de la Santa Sede, con estos países, cuya formación e historia es completamente indesligable de la fe católica. Como señaló el mismo Benedicto XVI en su homilía «el Sucesor de Pedro no podía dejar pasar esta efeméride sin hacer presente la alegría de la Iglesia por los copiosos dones que Dios en su infinita bondad ha derramado durante estos años en esas amadísimas naciones»<sup>40</sup>. Pareció pues conveniente que se realizara en Roma una Eucaristía para conmemorar dicho acontecimiento, escogiendo un año y una fecha simbólica, es decir la Solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de América. El gesto fue acogido con enorme simpatía no solo en América Latina, sino también en Portugal y España, y fue leído como señal de atención del Papa hacia un continente que alberga a casi la mitad de los católicos del mundo y que está teniendo una voz cada vez más protagónica en la misión actual de la Iglesia. Por otra parte, ante los procesos de crecimiento económico y de cambio social que dichos países han venido experimentando en los últimos años, varios de los cuales están

---

38 Véase *Mensaje final de Aparecida*, 5.

39. Gianpaolo Salvini, *Il Papa e il Bicentenario dell'Indipendenza dell'America Latina*, en *Civiltà Cattolica*, n. 3878 del 21 de enero de 2012, p. 173.

40. Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa por América Latina con motivo de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de los países latinoamericanos y del Caribe*, 12 de diciembre de 2012.

dejando atrás gradualmente el estado de subdesarrollo y pobreza que los caracterizaba hace algunos años, la Iglesia debe desarrollar «un rol determinante en indicar y defender las dimensiones fundamentales de un progreso que sea respetuoso de la dignidad de la persona y de la defensa de las clases más pobres, haciendo también lo necesario para que la población sea integrada en el proceso de desarrollo»<sup>41</sup>.

### UN PAPA DE AMÉRICA LATINA PARA EL MUNDO



Desde un análisis simple de la actualidad eclesial y tomando en cuenta su inserción en las realidades sociales, la elección por primera vez en la historia de un Papa latinoamericano puede ser tomada a la vez como signo elocuente del grave declive

cristiano de Europa y del traslado del “epicentro” católico hacia otras realidades, así como de una mayor madurez o “asentamiento” de la realidad eclesial latinoamericana y de su nuevo “peso” para el resto de la eclesialidad.

Ciertamente, en pocos años el contexto socioeconómico y político de América Latina ha cambiado considerablemente. A pesar de la subsistente pobreza y de la precariedad de nuestras repúblicas en diversos aspectos, los países de América Latina ya no son vistos como esa porción marginal del mundo a merced de la miseria y de la violencia. América Latina hoy es considerada como una porción emergente del planeta, con un enorme crecimiento económico y con un peso nada despreciable en el concierto mundial de las naciones, tanto en su relación con Norteamérica y Europa como en los nuevos lazos económicos y sociales que se van consolidando con Asia y

41. Gianpaolo Salvini, *Il Papa e il Bicentenario dell'Indipendenza dell'America Latina*, en *Cività Cattolica*, n. 3878 del 21 de enero de 2012, p. 178.

otras partes del globo. La Iglesia de ninguna manera es ajena a estos cambios y, por lo tanto, junto con esta rápida evolución, también ha ido cediendo la visión de una porción de fieles aislada y atrasada respecto del resto, únicamente receptora de ayudas, para dar paso a su rol más protagónico, por ejemplo, en la acción misionera, incluso a favor de los países europeos. Se podría decir que la elección de un Papa Latinoamericano, con toda su gran novedad, desde hace varios años había dejado de ser “impensable”.

El estilo “sencillo” o “espontáneo” de Francisco, al que se alude constantemente, en algunos casos de manera casi obsesiva por los medios de comunicación en desmedro de otros elementos menos visibles pero de mayor importancia, aunque atañe por un lado a cuestiones coyunturales de personalidad y, en todo caso, plantea un desafío para la Iglesia universal, puede leerse como un pequeño signo de la «conversión pastoral»<sup>42</sup> en la que numerosas veces insiste el Documento Conclusivo de Aparecida, en cuya elaboración participó directamente el Cardenal Bergoglio como cabeza de la comisión redactora. A partir de esta idea el Papa parece querer imprimir a la acción de la Iglesia una nueva dinámica, más “abierta” a todos, que presente su rostro “misericordioso” y renuncie definitivamente al estilo “condenatorio”, sin dejar por ello de considerar la acción del mal en el mundo y el relativismo expansivo que Francisco con frecuencia señala y critica con virulencia, tanto como al fariseísmo y a la auto-referencialidad. La marca de Francisco es más bien el espíritu de “salida” hacia el mundo y el abandono de esquemas de aburguesamiento al interior de la Iglesia.

En este espíritu está escrita la encíclica *Evangelii gaudium*, que lleva entre sus ingredientes el patrimonio personal de su propia herencia cultural y de su experiencia pastoral en su ahora lejana Argentina.

---

42. Véase *Mensaje final de Aparecida*, 365-372.

Era completamente previsible que con la elección de Bergoglio se varía una mayor presencia de la “eclesialidad latinoamericana” en el Pontificado. Ya pocos días después de su elección vimos al Papa Francisco distribuir ejemplares del Documento Conclusivo de Aparecida —que hasta poco antes era prácticamente desconocido en la Curia Romana— a Diplomáticos, Mandatarios y Prelados de otros países. Nombró a tres cardenales latinoamericanos en el llamado “grupo de los ocho”, y de los doce cardenales recién creados, escogió a cinco de América Latina. Sin embargo, todo esto es interesante no desde una lógica mundana, sino como proceso natural de una Iglesia que debe universalizarse más también en sus estructuras, precisamente por la conciencia de Francisco de ser pastor universal.

También para las Iglesias de América Latina y sus obispos se están produciendo profundos cambios en la percepción del ministerio petrino. Entre lo más positivo habría que destacar esa nueva “cercanía” del Papa, como uno que camina realmente como pastor del rebaño, ajeno al acartonamiento cortesano y a la excesiva rigidez de las formas.

Con lo dicho, si nos preguntamos hoy sobre la relación actual entre la Santa Sede y América Latina, o la mirada a esta realidad eclesial “desde” la Santa Sede, toda la respuesta parece reducirse a lo más obvio: hoy el Papa es un latinoamericano. Y con ser tan evidente, es difícil descifrar lo que significa como peculiaridad para esa parte de la Iglesia; esta “sorpresa”, que es ciertamente un signo de los tiempos, es aún difícil de comprender en toda su magnitud. Pero en lo que se refiere a los retos actuales y en lo que concierne a su misión intangible aplicada a los tiempos hodiernos, hay una gran continuidad y el panorama aparece suficientemente claro:

«Un primer Papa latinoamericano en la historia bimilenaria de la Iglesia es un acontecimiento de gran magnitud e imprevisibles consecuencias para la catolicidad y para América Latina en especial. La Iglesia latinoamericana ha sido puesta en una singular situación por la Providencia de Dios: debe plantearse a fondo las nuevas exigencias y responsabilidades que recaen

sobre ella. Ante todo, se necesita “un salto de cualidad en la fe de su pueblo”, como decía Benedicto XVI en Aparecida. El reto es, ¡nada menos!, el de recapitular la gran tradición católica, arraigar más profundamente el don de la fe en el corazón de los latinoamericanos, crecer en la santidad y ministerio de sus pastores, relanzar a fondo la misión continental, demostrar la potencia del Evangelio para la construcción de formas más humanas de vida para todos, así como responder mucho más a una solicitud apostólica universal en colaboración con el ministerio universal del Papa»<sup>43</sup>.

---

43. Ricardo Benjumea, *Entrevista a don Guzmán Carriquiry, Secretario Encargado de la Vice-Presidencia de la Pontificia Comisión para América Latina*, Revista Alfa y Omega, 5 de junio de 2014.